

en España las verdaderas águilas imperiales. He visto en algunas colecciones águilas que no tendría inconveniente en clasificarlas como águilas imperiales, pues en nada se distinguían de las águilas imperiales de nuestro país. De todos modos, el águila imperial debe ser muy rara en España, porque en mis frecuentes expediciones por el interior de la Península no he tenido la suerte de ver un solo ejemplar.

Por lo que toca á la llamada *águila del Príncipe*, no soy de los que tienen gran fe en que no se pueda rechazar la opinión de que constituya una especie. Todos los que nos hemos dedicado al estudio de las aves rapaces, y en especial de las águilas, sabemos que este grupo de las aves varía mucho el plumaje según el clima y su manera de vivir, y que de cada especie se conocen varios tipos. Algunos individuos dentro de estos mismos tipos varían en el color de su plumaje; y respecto á tamaño basta recordar lo que sucede con el *águila fulva* ó con el *buteo vulgaris*: así que es preciso ser muy parcos en esto de crear nuevas especies entre las aves rapaces, más parcos que en los demás grupos de aves. La oscura *águila Adalberti*, según mi opinión, no es más que un *Aquila imperialis*, en que la entonación del color de la pluma es algo más oscura y con mayor mancha sobre los hombros que el *águila imperialis*, que es ni más ni menos que nuestra águila imperial de la Slavonia ó del S. de Rusia. Es simplemente una variedad por su color, un ejemplar con bello color: no es ni siquiera del tipo del SO. de Europa de esta misma especie, porque en esos países existen también águilas imperiales del mismo color que las nuestras. Según mi entender, la diferencia entre estas dos águilas no es tan grande como la que existe entre el águila común y la llamada *águila dorada*. Ahora debería tratar del águila de color amarillo claro, de la cual se afirma ser un ave joven ó pollo de águila. Yo no he visto en España más que las águilas con pluma de este color: ninguna con el plumaje transitorio; en todas el mismo color claro; en África, igualmente, siempre pollos de águila; y parece raro que, tanto en España como en África, todas las águilas que vi fueran de la misma edad; y, puesto que la entonación del plumaje era igual en todas, debieron todas ver por primera vez la luz del Sol en un mismo año. Sin género de duda, esto es una caprichosa casualidad. En el caso de que en España exista una nueva especie de águila descubierta recientemente, ó aun por descubrir, no sería, según mi parecer, de color más oscuro, sino de color más claro que las ya conocidas. Posible es que haya en España un *águila Adalberti*, ó como se le quiera llamar, pues nada

importa el nombre; pero no puede ser la de color más oscuro á quien hasta hoy se ha atribuido, sino el águila de color amarillo claro, que se ha declarado ser un pollo ó águila joven. ⁽¹⁾

V

El cuervo elige por domicilio los tajos frecuentados por las aves para atrapar las que puede; se consagra, cuando baja la marea, á robar lo que encuentra, apoderándose de los animales marinos que no se retiran con las aguas, ó que se quedan enterrados en la arena; extrae hábilmente los caracoles de sus conchas, y se eleva en los aires con los moluscos para dejarlos caer y hacerlos pedazos contra las piedras. Es el más temido de los ladrones de nidos, y hasta se atreve con los huevos del águila. Caza agachadizas, gallos de nieve, faisanes, perdices, patos, ánseres, gallinas domésticas, y hasta hurogallos, y todos los mamíferos, desde el ratón y el *lemming* hasta la liebre, y en Irlanda se atreve con los caballos que tienen mataduras ó tumores, picoteándose los de tal modo, que les obliga á revolcarse para ahuyentarlo. Es siempre el primero que llega cuando muere algún animal, siéndole indiferente que sea el cadáver de un cuadrúpedo ó de un hombre; en seguida averigua si le queda ó no algún soplo de vida, al paso que las urracas tardan mucho en acercarse. El cuervo era, pues, antes el pájaro verdadero de horca mientras estuvo en uso abandonar á los ajusticiados á las aves del cielo.

No es extraño, por tanto, que, á no vedarlo la superstición, sea el hombre su enemigo, y que en casi todas partes lo persigan encarnizadamente cazadores, pastores y criadores de volatería, habiendo desaparecido por completo de los parajes que no le brindaban con un refugio seguro.

En la construcción de su nido emplea la misma previsión y vigilancia que las demás aves, como el águila, acosadas por nuestros semejantes. Ó elige un peñasco escarpado ó inaccesible en su reborde saliente, ó en una hendidura, ó un árbol gigantesco, en su parte más alta y más oculta, y forma su nido entre las ramas más espesas, de unos 60 á 90 centímetros de ancho, y unos 30 de alto, de tallos nuevos y ramillas secas; el cual, cuando salen los polluelos, se trasforma en una tabla de carnicero, como los nidos del azor ó del águila, con la diferencia de que al bribón del cuervo, robando hue-

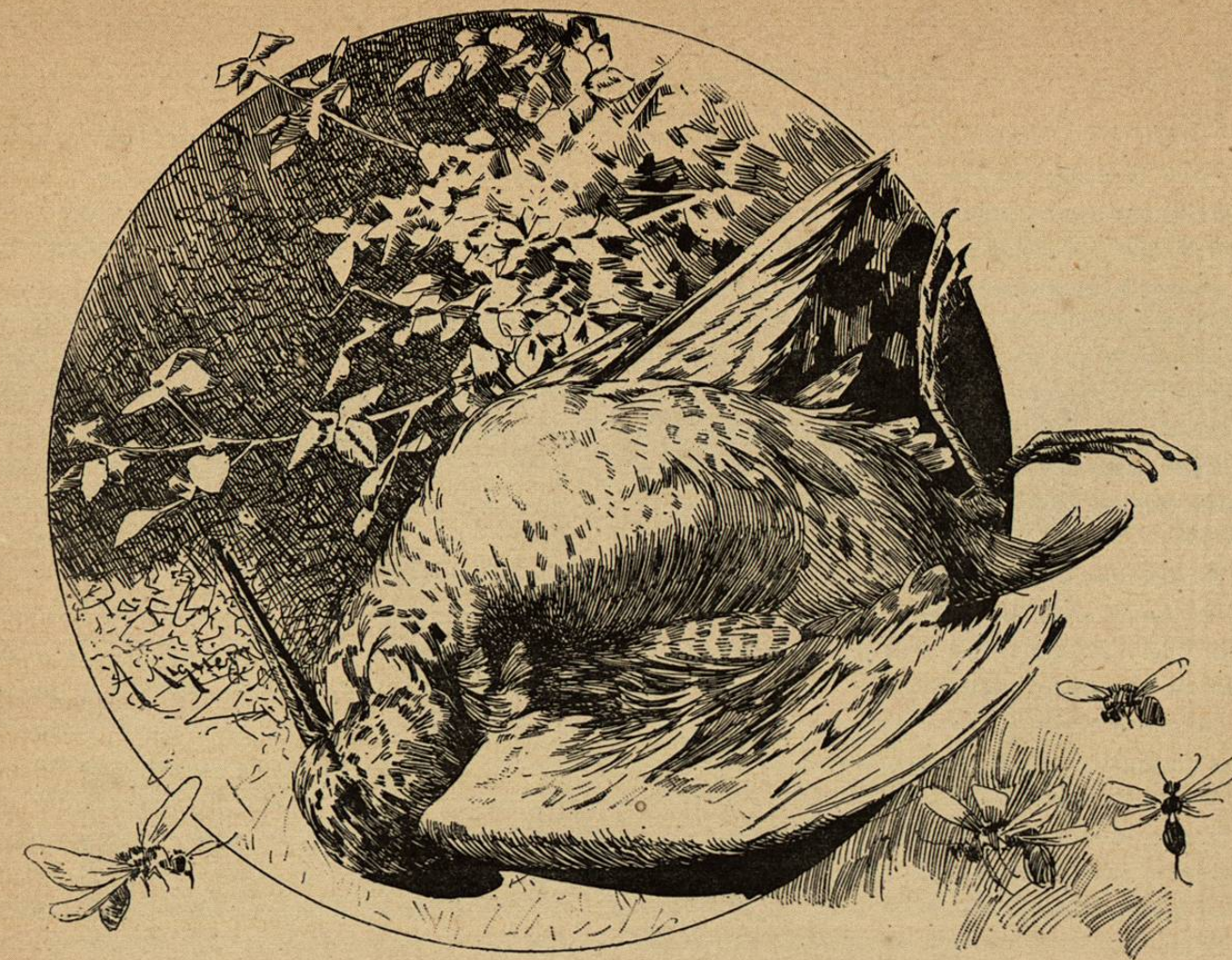
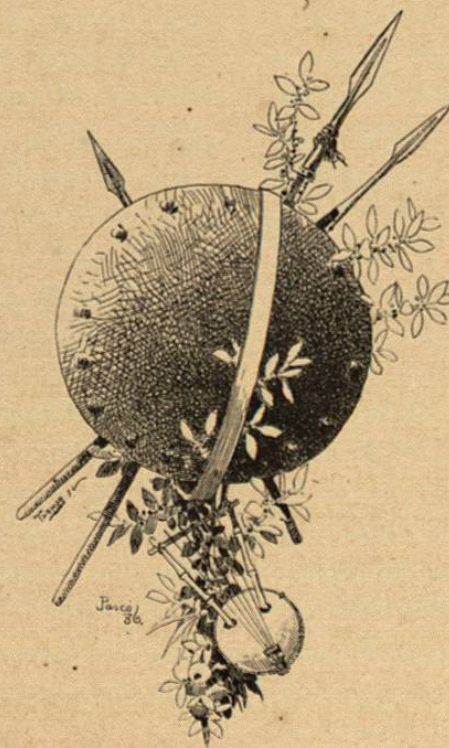
(1) Archiduque Rodolfo, príncipe herejero de Austria.

vos, se hace fácil su trabajo de aprovisionamiento. Pone también todo su esmero en no descubrir su nido ni exponerlo al peligro. Hasta se ha observado que desde el aire arrojaba á sus pollos el alimento cuando no tenía confianza en que se le dejase tranquilo.

Á un cuervo de corral no se escapa nada de lo que sucede á su alrededor, y la cosa más insignificante que llame su atención es examinada y escudriñada con cuidado, aunque sea para jugar con ella ó para pasar el tiempo. Si frecuenta el corral ó el jardín, hay la plena seguridad de que todo lo vigila sin descanso: picotea los clavos que se fijan en la pared, hasta que los arranca; revuelve las astillas, y acaba por desesperar al jardinero desenterrando cuanto siembra. Lo que no se puede destrozarse por estar firme en su puesto, ó lo que pesa demasiado, sufre de su parte tales embates, que cede al fin, y lo arrastra ó lo esconde. Los objetos brillantes tienen para él un encanto particular, según es sabido, sacándolos de las habitaciones por las ventanas abiertas. Domina irresistiblemente á todos sus compañeros vivos de corral, infundiendo miedo con sus terribles picotazos hasta al perro más feroz, no aprovechando á los gatos ni sus uñas ni sus dientes, y los persigue de suerte que los pone en vergonzosa huida. El único que le hace frente es el pavo, aunque suele ser víctima de sus endiabladas tretas. Se extrema sobre

todo con los patos y con los gansos. En un instante hace presa en sus colas. Por más que graznen, forcejeen y aleteen, no los suelta, sino que se agarra á ellos tenazmente, terminando la contienda con el triunfo del cuervo, que se pavonea orgulloso llevando en su pico la pluma de uno ó de otro, sin más objeto que divertirse un rato á su costa.

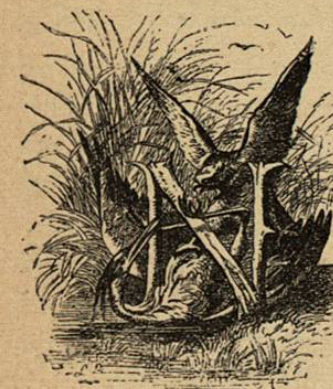
Si entra en el corral un extraño, acude en seguida á saludarlo, y ¡ay de él si no viene bien vestido! El mendigo harapiento, en particular si está descalzo, es atacado en seguida, y ó se aleja ó lo pica con más encarnizamiento que podría morderle un perro. Al contrario, lo deja en paz si es buena su traza, lo mismo que hacen, con gran sorpresa nuestra, otros animales, como avutardas, grullas y lobos domesticados. Los cuervos se enfurecen tan fácilmente como los perros, y atacan con ímpetu á su enemigo, aunque siempre con la cautela necesaria. No hay medio de intimidarlos. He visto á nuestro jardinero del jardín de Viena tirar á uno el azadón, la pala y terrones, y perseguirlo con un palo por todo el jardín, por arrancarle todas las plantas... Y luego, cuando el buen hombre se puso de nuevo á trabajar, se vino callando detrás y le dió en castigo un terrible picotazo en las botas. Para restablecer la paz no hubo otro recurso que encerrar al cuervo hasta que terminó la plantación de las platabandas.



CAPITULO XXVI

CAZA DE LA BECADA Y DE LA BECACINA

I



NINGUNO de los animales venatorios ha promovido quizá entre cazadores y naturalistas discusiones tan interesantes como la becada.

¿De dónde viene la nocturna viajera cuando aparece en nuestros bosques

al dibujarse las primeras brumas del invierno? ¿A dónde va después de su visita de la primavera?

Para averiguar los secretos de los itinerarios de la becada, se ha gastado más tinta y papel del que se ha necesitado para determinar las revoluciones de un planeta.

Unos pretenden que la becada viene del N. y otros señalan el E. como punto de origen. Cada año, en el otoño, las becadas aparecen por el SE. Un escritor ha fijado el O. como lugar de partida y

que procede de las orillas del Ohio y del Missisipi.

La becada es un pájaro solitario. Aparte de la estación de los amores, es raro hallarlo en compañía. Fuera de la época del celo, las becadas sólo se juntan para viajar.

Dos veces he tenido la fortuna de ser testigo de un paso de becadas. Ordinariamente llegan en los primeros días de octubre impulsadas por los vientos del NE. Hallanse en los bosques húmedos, cercanos á praderas y sitios de pasto, donde permanecen hasta las primeras heladas, y avanzan hacia el S. para enderezar su vuelo hacia los cuarteles de invierno.

Según Von der Munhle, ha visto becadas anidar en las montañas de Grecia, y Montaineer en el Himalaya.

Oigamos ahora á un distinguido autor venatorio señor Torres Ayllón:

«La chocha, llamada también becada, pertenece á la familia de las *scolopacidae*, orden de las *grillatores*. Es ave de paso.